Ensayo bibliográfico

Clara E. Mattei. *El orden del capital. Cómo los economistas inventaron la austeridad y allanaron el camino al fascismo* (Traducción de Isadora Carolina Prieto y Anna Hernández). Madrid: Capitán Swing. pp. 512 ISBN 9788412952964. €27.00 (libro físico).

Reseñado por
Walden Bello, State University of New York at Binghamton[1], USA

Cuando luchábamos contra los programas de ajuste estructural o austeridad impuestos por el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial en las décadas de 1980 y 1990, muchos creíamos que nos enfrentábamos a una estrategia formulada principalmente como respuesta al compromiso socialdemócrata con el capital en el Norte Global y a las iniciativas desarrollistas impulsadas por el Estado en el Sur Global. Por supuesto, sabíamos que la inspiración intelectual del neoliberalismo provenía de la economía clásica decimonónica orientada al libre mercado.

Lo que pocos advertíamos entonces era que la contrarrevolución neoliberal que despegó a fines de la década de 1970 había tenido una manifestación anterior a comienzos del siglo XX, y que esta había proporcionado un arsenal teórico y de políticas del que se nutriría el movimiento posterior.

El libro de Clara Mattei *El orden del capital: cómo los economistas inventaron la austeridad y allanaron el camino al fascismo* es una magistral combinación de investigación de archivo, deconstrucción ideológica y economía política que retrata la era posterior a la Primera Guerra Mundial, marcada por un agudo conflicto de clases. Aunque la revolución en Rusia es bastante conocida, lo es menos la situación en Europa occidental, donde hubo un desafío revolucionario al capitalismo, aunque de carácter menos violento. Mattei es convincente al documentar cómo el papel del Estado en el control de todas las dimensiones de la economía para el esfuerzo bélico condujo involuntariamente a una "desnaturalización" de la economía de mercado; es decir, a desenmascarar las "leyes del mercado" como lo que realmente eran, es decir, un proyecto político que beneficiaba a unos pocos y ofrecía a los trabajadores un atisbo de un posible orden alternativo.

[1] Una versión anterior y más breve de este ensayo de reseña apareció con el título "Capital's Organic Intellectuals", *Foreign Policy In Focus*, el 8 de junio de 2026, https://fpif.org/capitals-organic-intellectuals/. Reproducida con autorización. El autor ha revisado el texto y ha añadido una discusión final, redactada para *Global Labour Journal*. El texto se publica como ensayo de reseña y, por ello, supera la extensión de las reseñas de libros estándar de la revista.

Los reconstruccionistas y *L'Ordine Nuovo*

Al centrarse en la situación de Gran Bretaña e Italia, Mattei detalla las dos respuestas principales al fermento revolucionario. La "élite reconstruccionista ilustrada" buscó comprar la paz social haciendo que el Estado asumiera un papel activo en brindar a los trabajadores mejores viviendas, seguros sociales frente a la vejez y la discapacidad y mayores oportunidades educativas, todo lo cual implicaba presupuestos expansivos. Los reconstruccionistas no constituían un grupo homogéneo ni pretendían desmantelar el orden jerárquico. Sin embargo, compartían "una aversión al individualismo competitivo y al capitalismo laissez-faire" y, con ello, "cuestionaban profundamente la doctrina económica que durante siglos se había erigido como piedra angular de la acumulación de capital". En muchos sentidos, fueron los precursores ideológicos de los economistas keynesianos de la posguerra de la Segunda Guerra Mundial.

Los reconstruccionistas desencadenaron un proceso en el que se produjo una "relación de refuerzo mutuo entre las reformas y la conciencia de la clase trabajadora", de modo que "irónicamente, los reformistas, que habían doblado las férreas leyes del mercado para evitar una revolución, en realidad habían contribuido a desencadenar otra". La fuerza principal de este retoño radical del reformismo fue el grupo *L'Ordine Nuovo*, con base en Turín, cuyos principales impulsores fueron los jóvenes Antonio Gramsci, Palmiro Togliatti y Angelo Tasca.

A Gramsci suele encontrárselo únicamente como teórico, como fuente de muchas de las sugerentes intuiciones de los *Cuadernos de la cárcel*. Uno de los muchos méritos del libro de Mattei es mostrar cómo estas ideas fueron forjadas por Gramsci en la acción, mientras él y sus camaradas intentaban encauzar una rebelión espontánea de la clase trabajadora hacia un movimiento revolucionario. El movimiento de "ocupación de fábricas", que se extendió desde Turín por todo el norte de Italia, estuvo guiado por cuatro ideas desarrolladas en el combate industrial. La primera era que no existía un orden natural de las cosas: las relaciones de mercado, especialmente la venta de la fuerza de trabajo a cambio de salarios, eran en realidad afirmaciones socialmente construidas del poder de una clase sobre otra.

La segunda era que, si la relación entre trabajo y capital no era funcional sino una relación de explotación, correspondía a los trabajadores crear una nueva relación con los medios de producción, haciéndose cargo de su gestión, principalmente mediante los "consejos de fábrica". La tercera era que la praxis resultaba central para forjar la nueva relación entre el trabajador y las máquinas, así como entre los propios trabajadores. Como señala Mattei, "L'Ordine Nuovo fue una prueba experimental en toda regla de la undécima tesis de Marx sobre Feuerbach: 'Los filósofos no han hecho más que interpretar el mundo; ahora es el momento de transformarlo'". Así, la experiencia práctica de organizarse en consejos de fábrica era entendida como la "nueva escuela" del pueblo. Los consejos de fábrica, observa Mattei, "eran la expresión viva de la praxis; sus reglamentos garantizaban una fusión de teoría y práctica que, en el plano conceptual, era esencial para el autogobierno".

El principio final que animaba a Gramsci y sus camaradas era la unidad de la política y la economía, frente a la separación entre una esfera política formalmente democrática y un ámbito económico autónomo regido por leyes inmutables sobre las que las personas no tenían control. Como decía Gramsci, "[N]acido del trabajo, el [consejo] se adhiere al proceso de producción industrial… en él se funden la economía y la política, en él el ejercicio de la soberanía forma una unidad con el acto de producción… en él se realiza la democracia proletaria".

Salvar el capital

Las huelgas masivas en Gran Bretaña y las ocupaciones de fábricas en Italia durante 1919-1920 hicieron sentir al establishment que la clase trabajadora europea tenía al capitalismo agarrado por el cuello. Es en esta coyuntura que los tecnócratas económicos acudieron al rescate. Figuras como R. G. Hawtrey y Otto Niemeyer en Gran Bretaña, y Alberto De Steffani, Maffeo Pantaleoni, Umberto Ricci y Luigi Einaudi en Italia, comprendieron que el desafío no consistía simplemente en imponer orden económico y político; se trataba, fundamentalmente, de restablecer la hegemonía ideológica sobre los trabajadores que había sido destruida por la explosiva confluencia de la economía de guerra, el movimiento reformista y la insurgencia fabril. En suma, había que restaurar el contexto ideológico que permitiera la acumulación de capital.

Lo que formularon, aunque trabajaban en gran medida de manera independiente, fue un paradigma económico cuyo eje era el ahorro. La economía no podía funcionar sin ahorro, necesario para invertir en la producción. Esto significaba que el ahorro debía canalizarse hacia quien podía invertirlo en vez de consumirlo, es decir, el capitalista o empresario, la persona que encarnaba las virtudes de la austeridad. En este modelo, se consideraba que los trabajadores eran incapaces de ahorrar y que consumían recursos que, de otro modo, podrían invertirse; o bien se los presentaba como incapaces de gestionar el proceso de convertir el ahorro en inversión, proceso necesario para mantener en funcionamiento la maquinaria industrial en beneficio de toda la sociedad.

Los tecnócratas buscaron presentar el paradigma de la austeridad como un conjunto de leyes económicas universales, aun siendo plenamente conscientes de que estaba diseñado para reafirmar el control de la clase capitalista. Igualmente importante, no se proponían solo convencer intelectualmente a la población; pretendían que esta internalizara moralmente la austeridad. De ahí el énfasis en el ahorro y la frugalidad como virtudes.

Restaurar la jerarquía de clases

La austeridad tenía dimensiones interrelacionadas: fiscal, es decir, recortar o contener el gasto presupuestario; monetaria, es decir, mantener elevadas las tasas de interés y vincular la oferta monetaria al oro; e industrial, es decir, deprimir los salarios para asegurar una elevada tasa de inversión. Sorprende hasta qué punto la posterior encarnación de la austeridad en el ajuste estructural de la década de 1980 fue fiel al original. Igualmente llamativo es que, en ambos casos, la fórmula de la austeridad no produjera el crecimiento económico prometido, debido a lo que sus críticos identificaban como sus contradicciones internas.

Como señalé en mi libro de 1994, *Dark Victory*, casi no hubo casos exitosos de ajuste estructural. La razón fue que sus elementos centrales dejaron a la economía atrapada en una "trampa de bajo nivel, en la que… el aumento del desempleo, la reducción del gasto social, la disminución del consumo y la baja producción interactúan para crear un círculo vicioso de estancamiento y declive, en lugar de un círculo virtuoso de crecimiento, aumento del empleo y aumento de la inversión, como había previsto originalmente la teoría del Banco Mundial".

La respuesta de Mattei a esta aparente paradoja es que la austeridad nunca fue diseñada para restaurar el crecimiento. Esa era una retórica destinada a engañar a los trabajadores y a los reconstruccionistas. El verdadero objetivo era recomponer las relaciones de clase del capitalismo, cada vez más deterioradas, y revitalizar el "orden del capital".

La coerción complementa al consenso

La ofensiva ideológica de los tecnócratas buscaba tanto desarmar ideológicamente a la clase trabajadora como desacreditar a los reconstruccionistas. En Italia, sin embargo, ante la liberación ideológica encabezada por *L'ordine Nuovo* de Gramsci, los tecnócratas comprendieron que el desarme ideológico debía ir acompañado de violencia o, como señala Mattei empleando la terminología de Gramsci, que consenso y coerción formaban una pareja inseparable. El terror fascista contra los trabajadores rebeldes y el régimen autoritario de Mussolini, una vez que los fascistas se apoderaron del poder estatal, fueron necesarios para recrear el contexto social en el que la acumulación de capital pudiera desarrollarse sin obstáculos.

Mussolini, señala Mattei, contó con el apoyo del establishment internacional, incluso de declarados partidarios de la democracia parlamentaria en sus propios países, como el gobernador del Banco de Inglaterra, Montagu Norman. Este manifestaba su rechazo a la eliminación de la oposición política por parte de Mussolini, pero al mismo tiempo escribía a su amigo John Pierpont Morgan, Jr., el banquero estadounidense, que "el fascismo sin duda ha sacado orden del caos en los últimos años: sin duda hacía falta algo de ese tipo para que el péndulo no oscilara demasiado hacia el otro lado. El Duce era el hombre adecuado en un momento crítico".

Esta actitud hipócrita de deplorar la violencia fascista mientras se aprobaba la depuración ideológica de los tecnócratas se repetiría 50 años después, cuando el establishment internacional lamentó los asesinatos y el encarcelamiento de miles de chilenos por el general Augusto Pinochet, a la vez que elogiaba a los Chicago Boys inspirados por el economista Milton Friedman, quienes reproducían las condiciones para que la economía de mercado recobrara impulso tras las intervenciones estatistas de Salvador Allende. Chile, a comienzos de la década de 1970, fue el conejillo de indias del ajuste estructural, que luego se generalizó a más de 70 países del Sur Global durante los siguientes 20 años.

El relato de Mattei deja claro que los economistas y los tecnócratas no son meros accesorios o instrumentos de la clase capitalista. Son esenciales para la reproducción del capitalismo, y su autonomía relativa como agentes del sistema se vuelve especialmente marcada cuando este entra en crisis. La élite capitalista gerencial podía estar descontenta con el compromiso de clase representado por la tríada de las grandes empresas, el gran Estado y los grandes sindicatos en Estados Unidos a fines de la década de 1970, pero estaba dispuesta a convivir con él. No fue esta élite la que tomó la iniciativa de empujar a la economía estadounidense en una dirección neoliberal o fundamentalista de mercado, una empresa que restauró la hegemonía del capital mediante la desorganización y el debilitamiento del trabajo. Fueron economistas con convicciones profundamente ideológicas, como Milton Friedman, George Stigler y Arnold Harberger, quienes encabezaron la ofensiva.

Los economistas, para emplear la terminología de Mattei y Gramsci, son los intelectuales orgánicos del orden del capital.

La relevancia de Mattei para la actual crisis del capital

El enfoque teórico y la metodología de Mattei tienen gran relevancia no solo para estudiar la historia de las relaciones entre capital y trabajo, sino también para trazar los posibles desenlaces de la actual crisis del capital. Las ideas no son simplemente un reflejo pasivo de los intereses, y el Estado no es un simple sirviente del capital que actúa como rompehuelgas, como tiende a concebirlos la escuela instrumentalista de la investigación progresista. Tanto las ideas como el Estado gozan de una autonomía relativa frente al capital que se vuelve especialmente marcada en momentos de crisis, cuando intelectuales y tecnócratas asumen un papel protagonista para romper el estancamiento entre capital y trabajo, no tanto en un sentido coercitivo como en uno ideológico: ejercen liderazgo al articular un paradigma que reordena o modifica las relaciones de clase.

Mattei muestra cómo, tanto tras la Primera Guerra Mundial como a fines de la década de 1970, economistas y tecnócratas neoliberales tomaron la iniciativa para romper el estancamiento de clase, atribuyendo las presiones inflacionarias al trabajo y convenciendo a sectores clave de la sociedad de que la estabilización económica dependía de debilitar o neutralizar al movimiento obrero, poniéndolo así a la defensiva y, finalmente, desarmándolo.

Pero también puede suceder lo contrario, aunque Mattei no se detiene en ello. Tras la Gran Depresión y la Segunda Guerra Mundial, economistas y tecnócratas keynesianos encabezaron la construcción de un compromiso entre capital y trabajo basado en elevar la rentabilidad mediante la expansión de la demanda efectiva a través de salarios más altos, inaugurando una era de reformas: el arreglo socialdemócrata.

Con el neoliberalismo sumido en una profunda crisis, intelectuales y tecnócratas vuelven a estar en condiciones de asumir un papel protagonista en la forja de un nuevo paradigma hegemónico. ¿Avanzará este proceso en la dirección que busca la extrema derecha, hacia un capitalismo más autoritario, o se desplazará hacia la izquierda, como ocurrió con el keynesianismo de posguerra, generando quizá presiones para ir más allá del propio capitalismo?

Referencias

Bello, W. (2026) Capital's Organic Intellectuals. Foreign Policy In Focus, https://fpif.org/capitals-organic-intellectuals/ (consultado el 28 de julio de 2026).

Bello, W. (1994). *Dark victory: The United States, structural adjustment, and global poverty*. London: Pluto Press.

NOTA BIOGRÁFICA

WALDEN BELLO es PhD, es actualmente copresidente de la Junta Directiva del instituto de investigación y promoción *Focus on the Global South*, con sede en Bangkok; asociado del Transnational Institute de Ámsterdam; y profesor jubilado tanto de la Universidad de Filipinas como de la Universidad Estatal de Nueva York en Binghamton. Galardonado con el *Right Livelihood Award*

(conocido como el Premio Nobel Alternativo), es autor, coautor o editor de 26 libros, los más recientes de los cuales son Global Battlefields: Memoir of a Legendary Public Intellectual from the Global South (2025) y, junto con Don Kalb, Backlash: The Global Rise of the Radical Right (Londres: Pluto Press, 2026).